

Cuando parecía que el gabinete Merino le había dado cierta estabilidad al gobierno de Toledo, un nuevo escándalo, esta vez protagonizado por el primer vicepresidente de la República, nos recuerda que los malos hábitos de muchos de nuestros políticos distan mucho de haber cambiado y que la relativa calma que siguió a la crisis de mediados de año puede fácilmente terminar en tormenta. Así las cosas, y pese a que el paso del tiempo aminora el riesgo, la inquietud sobre si llegamos al 2006 sin quiebre institucional no ha desaparecido del horizonte.

Política: La fea verdad

Carlos Basombrío Iglesias

¿Qué tienen en común el izquierdista presidente de Argentina Néstor Kirchner y el derechista presidente de Colombia Álvaro Uribe? Pues, en primer lugar, que asumieron el poder en situaciones políticas y sociales especialmente difíciles. En segundo lugar que, como es lógico, las situaciones objetivas que ellos enfrentan no han cambiado sustantivamente en el poco tiempo que ejercen el poder, y que sus países siguen siendo endemoniadamente difíciles de gobernar.

¿Por qué entonces tienen niveles de popularidad que superan largamente los dos tercios del electorado? ¿Qué hace que el Presidente argentino haya llegado con poco más del 20 por ciento del voto y hoy tenga casi 90 por ciento de aceptación y que en

Colombia se produzca una seria crisis de gabinete solo por el temor de que Uribe pudiera acortar su mandato?

La respuesta pareciera indicar que la gente en política no solo valora resultados objetivos tangibles, sino la forma de hacer política. Austeridad, vocación por el trabajo, autenticidad; un liderazgo sobrio lo más lejano posible de las frivolidades del poder; que se sienta que quien tiene el poder y los privilegios que este conlleva es consciente de que la mayoría de la gente carece de lo más elemental. En el fondo la gente sabe muy bien que nuestros males son profundos y que no se resuelven en un día. Lo que reclama es que si no se pueden resolver los problemas, los gobernantes sean, por lo menos, auténticamente sen-

sibles frente a lo que la mayoría vive día a día y no abusen del poder que tienen para su beneficio. Lo más significativo, y eso lo demostrarían los casos tan opuestos de Argentina y Colombia, es que eso parece funcionar relativamente bien, con cierta independencia de las políticas que se pongan en práctica.

En nuestra política reciente, Valentín Paniagua, Beatriz Merino y Yehude Simons son buenos ejemplos de la tesis que sostenemos en estas líneas. En los tres casos lo que impacta favorablemente en la población es el estilo de hacer política y el contraste con otros que, ocupando posiciones análogas, actúan totalmente de otra forma.

La caída a pique en la popularidad de Toledo no bien

iniciado su gobierno no estuvo asociada a las políticas que puso en práctica, las que en muchos ámbitos fueron sensatas y con resultados razonablemente buenos para los estándares nacionales. No fue eso lo que arruinó su credibilidad frente a la población. Lo que irritó a la gente fue que se subiera el sueldo a la semana de llegar al poder, que no reconociera durante un año a su hija, que asociara su imagen al etiqueta azul y a Punta Sal; todo ello sumado a la percepción de que no era sincero y que ofrecía recurrentemente cosas imposibles de cumplir para quedar bien con todos.

Raúl Díez Canseco ha cometido exactamente el mismo pecado. Ha usado su poder para beneficiar a su entorno. Ha convertido lo público en privado. Había indicios y rumores de que lo hacía desde hacía mucho tiempo. Pero que sacara como regalo de cumpleaños para el padre de la novia un decreto supremo que lo exonera de impuestos, parece haber excedido todos los límites de tolerancia de una sociedad que, afortunadamente, sigue especialmente alerta frente a este tipo de conductas.

Lo terrible del asunto es que no se trata de un problema exclusivo de Díez Canseco u otros funcionarios del gobierno. Esta insensibilidad frente a lo que la población percibe como un uso indebido del poder, trasciende largamente

"... se trata de un problema exclusivo de Díez Canseco u otros funcionarios del gobierno. Esta insensibilidad frente a lo que la población percibe como un uso indebido del poder, trasciende largamente al Ejecutivo".

al Ejecutivo. Veamos si no el caso del Congreso, que acaba de aprobar su presupuesto para el 2004, en el que con la mayor frescura han mantenido sus mismos sueldos. Recordemos que fueron los congresistas los que encabezaron la indignación popular contra los altos sueldos del Presidente y sus ministros. Lograron su objetivo, por lo que Toledo muy a regañadientes hubo de reducirse hace unos meses por segunda vez (¡qué mal negocio resultó el aumento inicial!) y hacer lo propio con ministros y otros altos funcionarios. Pues pasada la tormenta, y luego de mil promesas en contrario, los congresistas decidieron mantenerse el sueldo y, por supuesto, conservar también la exoneración de impuestos para una parte importante de sus ingresos.

Pero el tema no se limita al nivel del gobierno nacional. Los presidentes regionales, casi todos de oposición y la mayoría apristas, han demostrado en poquísimos meses que son capaces de perpetrar los mismos errores que ellos cuestionan en el Ejecutivo.

Casos como el de Díez Canseco o Ghilardi, el presidente regional aprista de Áncash,

contribuyen al desgaste de toda la clase política ante la población. Los efectos perversos de esa situación son enormes. En primer lugar, desprestigia al sistema democrático en su conjunto. "Todos los políticos son iguales", "todos roban", "todos mienten", es lo que todos escuchamos en todas partes. Se trata obviamente de una generalización injusta, pero que se refuerza en el imaginario popular con casos tan bochornosos como el que comentamos. Esa es, a su vez, la veta a partir de la cual se estructura y organiza la respuesta de los mafiosos que nos gobernaron en los noventa y que hoy son perseguidos por la justicia. Ellos se regodean con cada historia de este tipo. (¿Se imaginan la cara de satisfacción de Boloña en la clandestinidad?) "Somos perseguidos políticos", "son falsos moralizadores", "ya verán: los que hoy acusan estarán pronto en el banquillo de los acusados", repiten y repiten buscando la acostumbrada impunidad.

No debe pues sorprendernos que la lucha contra la corrupción haya perdido tanta fuerza. Que hay una campaña de sectores mafiosos con niveles de coordinación bas-

Sendero Luminoso y Humala no valen nada como proyectos y respuestas a nuestros problemas, pero son parásitos que medran en cada frivolidad, en cada fracaso, en cada muestra de indiferencia.

tante aceitados, no me queda la menor duda; pero a la vez esta no tendría mayor impacto o credibilidad si no fuera porque por su conducta muchos de los políticos que encarnan al sistema democrático les dan frecuentemente argumentos. Desprestigia también todo el esfuerzo moralizador del Estado la conducta de la Comisión de Fiscalización del Congreso, que teniendo como paradigmas a Velásquez Quesquén, Mulder, Mufarech o Valdés, han convertido tantas veces ya en un circo de barrio la necesaria tarea de vigilancia del Congreso sobre los otros poderes del Estado. (¿No es acaso patético ver a los congresistas visitando con todas las cámaras de TV al ya famoso restaurante del aeropuerto para investigar *in situ* si pagaba o no el IGV, o querer interrogar a la novia del funcionario para que la telenovela esté completa?).

Nuestra clase política (con honrosas excepciones), cegada por los reflectores de los fotógrafos y embelesada con el poder, no parece darse cuenta de lo precaria que es la plataforma que los soporta. Siguen llenándose la boca con los sublimes intereses de la patria, con la majestad del

Parlamento y cuanta frase hueca encuentran en su repertorio. No perciben que la institucionalidad democrática, que tanto costó recuperar (básicamente a otros y no a ellos, por cierto), es muy frágil en países como los nuestros, tal como nos lo demostró recientemente Bolivia y antes el Ecuador. ¡Y cuidado que los que ganan en esas situaciones no son las opciones dentro del sistema, sino los que quieren destruirlo! (La variante nacional de un eventual e indeseable escenario de este tipo es que la figura del vicepresidente como alternativa presidencial ha quedado descartada después de la crisis Diez Canseco y de la creciente evidencia de que Waisman carece de la ecuanimidad suficiente para ejercer una alta función pública).

Otro efecto pernicioso de conductas como las que hoy ejemplifica Diez Canseco es que alimentan las posiciones más radicales y trasnochadas. No olvidemos que hay un gran sector de la población que vive en la pobreza extrema y en la informalidad absoluta. Que literalmente el Estado no les significa nada y la democracia es solo una palabra hueca; gente que vive legítimamente irritada por su

injusta condición y que es muy propensa a prestar oídos a quienes les ofrecen el paraíso en la otra esquina; discursos delirantes, es cierto, pero eficaces en desnudar los límites de nuestras élites. ¡Y vaya que hay ofertas en el mercado! Si antes fue la de Sendero Luminoso, hoy estas se encarnan en una prédica diferente, pero igualmente arcaica, totalitaria y peligrosa para el país como es la de Humala y sus seguidores. Que Humala es un proyecto inviable, puede ser; pero Sendero también lo era y veintitrés años después seguimos viendo las consecuencias. Recordemos que Sendero Luminoso y Humala no valen nada como proyectos y respuestas a nuestros problemas, pero son parásitos que medran en cada frivolidad, en cada fracaso, en cada muestra de indiferencia.

Por supuesto que Raúl Diez Canseco no es el culpable de nuestros males nacionales y del descrédito de la clase política nacional. Muchos antes que él han puesto lo suyo, y al costado de lo hecho por otros en anteriores gobiernos (a los que pertenecen muchos de los que hoy clavan clavos en su sepulcro) sus culpas empalidecen y, en perspectiva, hasta parecen sólo pecados de amor. El problema es el de la gota que puede rebalsar el vaso; y si no fue esta, tengamos muy presente que el vaso de la irritación ciudadana está de nuevo al tope. ▲